

# ***Economía como ideología disfrazada de ciencia***

**Módulo 4: Construcción de enfoques alternativos.**

**María Nela Prada, Bolivia.**

Septiembre – noviembre 2021

## María Nela Prada, Bolivia



Ministra de la Presidencia del Estado Plurinacional de Bolivia. Licenciada en Relaciones Internacionales, diplomada en Gestión Gubernamental Plurinacional, diplomada en Descolonización y Educación y diplomada en Educación Superior. Fue jefa de Gabinete del Ministerio de Economía y Finanzas Públicas bajo el liderazgo de Luis Arce, actual Presidente Constitucional del Estado. Es la primera mujer en la historia de Bolivia en ejercer el Ministerio de la Presidencia.

## Objetivo del módulo

- ▶ Examinar el desarrollo como un proceso eminentemente político que requiere de enfoques alternativos que superen los parámetros establecidos por la globalización neoliberal, a partir del estudio de caso de los logros del Modelo Económico Social Comunitario Productivo implementado en la Revolución Democrática y Cultural boliviana.



## Contenido

IV.I El enigma del desarrollo: el problema fundamental no es técnico, sino político.

IV.II El rol de los factores tecnológicos, culturales y las restricciones externas en el desarrollo.

IV.II.I Factores tecnológicos

IV.II.II Factores culturales

IV.II.III Restricciones externas

IV.III Un orden mundial inmoral



## Resultados de aprendizaje

- ▶ Reconocer los aspectos políticos del proceso de desarrollo.
- ▶ Identificar el rol que juegan los factores tecnológicos, culturales y externos como determinantes del proceso de desarrollo.
- ▶ Comprender las alternativas de acción colectiva que permitirían incidir en la transformación del orden mundial.



## IV. Enfoques alternativos

### IV.I. El enigma del desarrollo: el problema fundamental no es técnico, sino político.

Cuando los españoles llegaron a América, las condiciones económicas de los distintos territorios del continente permitían vaticinar que, lo que hoy llamamos América Latina, se iba a desarrollar más rápidamente que América del Norte. Pues si bien en ambas regiones abundaban los recursos naturales, en América Latina ya existían sociedades bastante consolidadas como los Incas, Mayas y Aztecas, con considerables avances tecnológicos. No obstante, ocurrió exactamente lo contrario.

Este es uno de los grandes enigmas del desarrollo. ¿Por qué la América al norte del Río Grande se desarrolló y la del Sur no? Las respuestas son varias y muy complejas, pero sin duda una de esas respuestas es la igualdad de oportunidades que hubo en América del Norte. Esto lo dice Alexis de Tocqueville en su libro "Democracia en América", escrito allá por el año 1835: "lo que más me sorprendió es la igualdad de condiciones", lo que él llamó una "verdadera democracia". Cabe resaltar que Tocqueville venía de la Francia pos-monárquica, donde las diferencias seguían siendo abismales.

Obviamente, esa "igualdad de condiciones" era solo para los blancos. Los indios fueron exterminados y los negros esclavizados hasta un siglo después de inaugurada la supuesta democracia, y tuvieron que pasar otros cien años, ya en la década de los sesenta del siglo veinte, para que tuvieran, al menos formalmente, igualdad de derechos.

Thomas Jefferson, es el principal autor de uno de los documentos más bellos de la historia de la humanidad, la *Declaración de Independencia de Estados Unidos* del año 1776, documento que en su segundo párrafo dice "sostenemos como evidentes en sí mismas estas verdades: todos los hombres son creados iguales, son dotados por su Creador con ciertos derechos inalienables; entre éstos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad".

¡Qué maravillosas palabras! Pero resulta que Thomas Jefferson era propietario de cerca de 600 esclavos. Él creía en lo que decía. Lo que no creía era que sus esclavos también eran seres humanos.

Precisando, entonces, diríamos que una vasta mayoría de la población tuvo razonablemente igualdad de oportunidades, lo que a su vez significa ausencia de dominación.

Lo contrario ocurrió en América Latina, dominada por reducidas élites que excluyeron de los beneficios del progreso a las grandes mayorías, y en el siglo XXI aún son incapaces de comprender que los derechos fundamentales son para todos.

Así por ejemplo, en varios países de América Latina, en las clases media y alta es aún generalizado contratar permanentemente a una persona para que se encargue de los quehaceres domésticos. En el Ecuador, hasta 2007, el Código Laboral inexplicablemente fijaba el salario mínimo de las empleadas domésticas en la mitad del salario mínimo de los demás trabajadores, y establecía que solo tuvieran una tarde libre cada dos semanas. Ese no es un problema de falta de recursos, sino un problema cultural, muy similar al de Jefferson hace doscientos cuarenta años. Legalmente se reconocía que la empleada doméstica tenía menos derechos. Es decir, la explotación y la discriminación institucionalizadas. Estas barbaridades estructuralmente mantenían la desigualdad y la exclusión, casi como leyes de apartheid.

Cabe resaltar que aquí no estamos hablando de empresas, sino de hogares. Es decir, el argumento que muchas veces se utiliza para justificar la explotación laboral, esto es, ser "competitivos", no existe. Se trata tan solo de basar el "bienestar" de unos, sobre la explotación de otros.

América Latina -podría decirse- es como la clase media mundial. Sin embargo, es la región más desigual del planeta. La pobreza es fruto de esa inequidad, y ésta, a su vez, consecuencia de las perversas relaciones de poder, donde pocos dominan mucho, y, en algunos casos, todo.

El desarrollo es básicamente un problema político, se requiere un cambio en las relaciones de poder en nuestras sociedades, para tener verdaderamente igualdad de oportunidades y prosperidad para todos. En efecto, las instituciones, políticas y programas de un país, dependen de quién maneja el poder. La pregunta clave es quién manda en una sociedad: ¿las élites o las grandes mayorías?, ¿el capital o los seres humanos?, ¿el mercado o la sociedad?

El mayor daño que se ha hecho a la economía es haberla desvinculado de su naturaleza original de economía política. Nos han hecho creer que todo es un tema técnico, y sin considerar las relaciones de poder dentro de las sociedades, nos han convertido en funcionales a los poderes dominantes. Parafraseando al gran economista John Kenneth Galbraith, aquel economista que no analiza cuestiones de poder, es un completo inútil.

La necesaria justicia, incluso para poder empezar a hablar de competencia, no se logrará con una supuesta mano invisible que, como dice Joseph Stiglitz, premio Nobel de Economía, por invisible, nadie la ha visto.

Muchos académicos al fin nuevamente están “descubriendo” que el desarrollo es un problema básicamente político. Un interesante análisis de las consecuencias del dominio de las élites y las instituciones que crean para su propio beneficio ha sido hecho por Daron Acemoglu, profesor del MIT, y James Robinson, profesor de la Universidad de Harvard, en su best seller “¿Por qué fracasan los países?”, en el que –con un acertado, aunque tardío enfoque institucionalista y de economía política– demuestran que las instituciones, políticas y programas de un país dependen de quién ostente el poder. Les hubiera bastado leer a Frederick Bastiat, pensador francés, liberal para más señas, que hace doscientos años ya denunciaba que “cuando el saqueo se convierte en un modo de vida para un grupo de hombres que viven en sociedad, estos crean para sí mismos en el transcurso del tiempo un sistema legal que lo autoriza y un código moral que lo glorifica.”

Cambiando esas relaciones de poder al servicio de las grandes mayorías y a través de procesos profundamente democráticos, Ecuador fue el país de Latinoamérica que más redujo desigualdad, habiendo disminuido en 8 puntos la concentración del ingreso medido por el coeficiente de Gini, reducción cuatro veces superior al promedio de América Latina, una de las pocas regiones en el mundo que está disminuyendo desigualdad.

En los últimos 10 años creció más que el promedio latinoamericano. Mientras la región creció al 2,9% Ecuador logró un crecimiento promedio del 3,2%, pese a dos años muy duros con desplome de las exportaciones, especialmente petroleras y fuerte apreciación del dólar, la moneda del curso legal.

Como algo inédito en América Latina, se logró superar la “Tormenta Perfecta”, sin aumentar pobreza ni desigualdad, y haciendo que el costo del ajuste lo pagaran los más ricos.

Como consecuencia del crecimiento económico y disminución de la desigualdad, también Ecuador fue de los tres países latinoamericanos que más redujo pobreza. En el periodo 2006 - 2016, la pobreza por ingresos cayó de 37.6 % a 22.9 %, y la extrema pobreza por primera vez en la historia se ubicó en menos de dos dígitos, al haber descendido de 16.9 % a 8.7 %.

Evidentemente, lo importante no solo es crecer ya que también puede haber un crecimiento empobrecedor, un crecimiento con desempleo, o un crecimiento basado en explotación de recursos naturales no renovables, cuyos frutos se van fuera del país. El Ecuador sin embargo, logró un crecimiento pro-pobre, pro-equidad y pro-empleo.

En el nivel de desarrollo en el que se encuentra Ecuador y la mayoría de países latinoamericanos, el mejor indicador de la bondad de las políticas económicas, no es la tasa de crecimiento, sino la disminución de la pobreza, y, especialmente, de la pobreza extrema.

Ecuador también fue una de las economías latinoamericanas con más baja tasa de desempleo, 5,2% para finales de 2016, como resultado de un conjunto de políticas que destrozan la teoría económica ortodoxa, pues en lugar de reducir salarios y sacrificar derechos laborales para supuestamente generar empleo, se elevó las remuneraciones hasta alcanzar los niveles de salario real más altos de la región andina, terminando asimismo con mecanismos de explotación como la “tercerización laboral”, que permitía a las empresas contratar a través de una tercera empresa a sus trabajadores, y así eludir cualquier responsabilidad patronal. Un ejemplo que raya en lo absurdo: la más grande empresa cementera del Ecuador declaraba en un juicio laboral en el año 2007 que... ¡no tenía trabajadores!

Durante la etapa neoliberal de los años noventa e inicios de siglo, con el argumento de ganar competitividad, la gran sacrificada fue la clase trabajadora, con la caída de los salarios reales y con mecanismos de explotación laboral eufemísticamente llamados “flexibilización laboral”, en países que mantenían altas tasas de desocupación y que ni siquiera contaban con un seguro de desempleo.

Esto profundizó la terrible distribución primaria del ingreso entre trabajo y capital, una de las principales fuentes de desigualdad en América Latina. En Suecia, por cada dólar generado, 35 centavos van al capital y 65 al trabajo, pero en Ecuador esa distribución era exactamente la inversa a favor del capital. Esta situación siempre ha sido difícil de cambiar por el dilema de “mal con ellos por la explotación laboral, pero peor sin ellos por el desempleo”.

En Ecuador resolvimos este dilema con medidas creativas e inéditas. Recordemos nuevamente la categoría del salario digno, introducido en el cuadernillo 3, y definido como aquel que permite a una familia salir de la pobreza con su ingreso familiar. Se puede pagar el salario mínimo para evitar un mal mayor, el desempleo, pero con la nueva legislación, ninguna empresa puede declarar utilidades si no paga el salario digno hasta al último de sus trabajadores. Pese a que algunos pronosticaron el fin de nuestro sector productivo, los efectos de esta medida han sido asombrosos, y han superado nuestras expectativas. Desde su implementación, en el año 2011, empezaron a subir los salarios promedios, y ya en el año 2014, sin trauma alguno, el salario mínimo igualó al salario digno.

Para un progresismo moderno, el trabajo humano no es un instrumento más de producción, es el fin mismo de ella. El trabajo humano tiene supremacía sobre el capital, pero, a diferencia del socialismo tradicional que proponía abolir la propiedad privada, utilizamos instrumentos modernos, y algunos inéditos, para eliminar las tensiones entre capital y trabajo.

Otro ámbito en el que se expresa el cambio en las relaciones de poder, es entorno a la obtención y utilización de los recursos públicos. Al inicio del gobierno de la Revolución Ciudadana, gracias a un manejo inteligente y de muchísima rigurosidad técnica, Ecuador logra recomprar gran parte de su deuda externa a valor de mercado, es decir, a cerca de un tercio de su valor nominal, con lo cual el servicio de la deuda externa se redujo del 24% del Presupuesto del Estado en el 2006 al 5,3% en el 2013.



Asimismo, se renegociaron los contratos petroleros llamados de “participación”, establecidos en los años noventa cuando el precio del barril bordeaba los 16 dólares, donde el Estado recibía apenas 20% del ingreso petrolero. Cuando los precios del petróleo se dispararon, las ganancias de las compañías petroleras se volvieron multimillonarias. Se logró entonces, luego de duros procesos de negociación, pasar a contratos de “prestación de servicios”, donde se paga una tarifa fija por barril a la petrolera en función de una razonable rentabilidad y, el resto, sin importar el precio de mercado, va para el dueño del recurso que es el pueblo ecuatoriano.

Por otro lado, como se examinó en cuadernillos anteriores, casi se triplicó la recaudación tributaria, que pasó de 4.672 millones de dólares en 2006 a 12.662 millones en 2016. Y de ese incremento, el 86,1% se dio por mayor eficiencia y transparencia, y tan solo un 13,9% por nuevos impuestos. Esto permitió alcanzar los niveles más altos de inversión pública en América Latina, con una deuda pública externa de tan solo 28% del PIB.

Esta inversión pública ha generado grandes transformaciones en vialidad, puertos, aeropuertos, telecomunicaciones, generación eléctrica, el sistema de justicia, seguridad ciudadana y en competitividad sistémica en general.

Asimismo, se pudo atender la deuda social. Mientras que en el 2006 se destinaba 5% del PIB para el sector social -básicamente educación, salud y vivienda-, en el 2016 se destinó el 10%. Esto es sumamente importante: el destino de los recursos sociales refleja las relaciones de poder al interior de una sociedad, y los datos demuestran claramente que antes de 2007, en Ecuador, el poder lo tenían los acreedores, los banqueros, las burocracias internacionales, y que durante la Revolución Ciudadana, las que se beneficiaron de las nuevas políticas públicas fueron las grandes mayorías.

De acuerdo al índice de desarrollo humano de las Naciones Unidas, Ecuador ha pasado del grupo de desarrollo humano medio, al grupo de desarrollo humano alto.

La consecuencia lógica de estos logros ha sido la estabilidad política del país. Desde el año 1996 hasta el 2006, ningún gobierno había podido acabar su período. En 10 años Ecuador tuvo 7 presidentes. Pero entre 2007 y 2017, pasó a ser una de las democracias más estables del continente. Desde el año 2006, el proyecto político de la Revolución Ciudadana ha ganado catorce procesos electorales de manera consecutiva, entre ellos dos elecciones presidenciales en una sola vuelta, algo impensable en la realidad ecuatoriana de finales de los 90s.

Como puede verse, se ha consolidado considerablemente la democracia formal, pero también la democracia real, aquella de acceso a derechos, igualdad de oportunidades, condiciones dignas de vida. El objetivo ha sido transformar las relaciones de poder: dejar atrás un Estado aparente, que ha representado tan sólo los intereses de unos cuantos, y cambiarlo por un Estado verdaderamente popular, que represente los intereses de las grandes mayorías.

## **IV.II El rol de los factores tecnológicos, culturales y las restricciones externas en el desarrollo.**

### **IV.II.I Factores tecnológicos.**

El desarrollo exige muchas condiciones necesarias, pero ninguna suficiente. Puede ser que el poder esté en las manos de las grandes mayorías, que se logre obtener una distribución más equitativa de los recursos sociales, pero que sólo haya miseria para distribuir. Es claro que, para el progreso de las naciones, el talento humano, la ciencia, tecnología e innovación, como generadores de capacidades y riqueza, son también fundamentales.

Sin talento humano y sin conocimiento, una sociedad puede desertificar el jardín más florido; y, por el contrario, con talento humano, con ciencia y tecnología, una sociedad puede hacer florecer hasta el desierto más árido. Ese talento humano, con conocimiento, con una cultura de la excelencia, y con adecuadas instituciones que sepan estimular el esfuerzo, el emprendimiento y la innovación para el bien común, es la clave del progreso de las naciones.

En Ecuador, hasta antes de la Revolución Ciudadana, ningún gobierno se había procurado hacer de la educación el principal motor de transformación social y productiva del país. La educación como derecho y generadora de talento humano, es lo más importante. La base de la misma democracia es una educación pública de excelente calidad, acceso masivo, y absolutamente gratuita.

No se trata tan solo de “enseñar a pescar en lugar de regalar el pescado”. Esto ya es absolutamente insuficiente. Latinoamérica no solo debe pescar, debemos fabricar la caña, los anzuelos, la misma barca; debemos implementar la cría de peces en cautiverio; debemos desarrollar la genética, para el mejoramiento y más rápida reproducción de los peces. El límite es el infinito.

“El que tiene el conocimiento, tiene el poder”, señaló el filósofo francés Michel Foucault, y el gran Bolívar decía “no nos dominarán por la fuerza, sino por la ignorancia”. Con la impresionante generación de conocimiento a nivel mundial, los países que no generemos esos conocimientos, seremos cada día más ignorantes en términos relativos y más dependientes de lo que producen otros.

El intercambio desigual en el nuevo orden mundial no solo es de bienes y servicios, ni solo ecológico. Este intercambio injusto es sobre todo cognitivo. Hemos pasado de la dependencia de la manufactura, a la dependencia de la “mentefactura”.

Ecuador entendió que no tenemos alternativas ante este desafío del conocimiento, más aún cuando uno de los problemas más graves del país sigue siendo la baja productividad de su economía. Por ello iniciamos la Revolución del Conocimiento y la Innovación, una política nacional agresiva para promover la ciencia, tecnología e innovación, para pasar de la economía de recursos finitos a la única economía de recursos infinitos, aquella basada en las ideas.

Hay que evitar el caer en la trampa del absolutismo tecnológico, en el cual toda la sociedad tiene que organizarse en función de las necesidades tecnológicas. Se le atribuye a Albert Einstein la lapidaria reflexión: "Temo el día en que la tecnología supere a la interacción humana. El mundo tendrá una generación de idiotas." Pero tampoco creemos en el infantilismo primitivista, según el cual la pre-modernidad es equivalente al Buen Vivir y la miseria es parte del folklor.

El proceso de construcción de la sociedad del conocimiento y superación de la economía extractivista, no va de la mano con el infantilismo de dejar de extraer petróleo o cerrar las minas; ambición inviable que ineludiblemente llevaría al fracaso a cualquier proyecto político en el poder. Por el contrario, va de la mano con la movilización de esos recursos para invertirlos en talento humano, ciencia y tecnología. Nuestros recursos naturales son una gran oportunidad; tristemente, algunos los ven como un peligro. Hay que utilizar el extractivismo, precisamente para salir de él. Ecuador tiene la energía más barata de la región, y eso es justamente gracias a nuestros recursos naturales renovables y no renovables.

Esto lo debemos tener muy claro los latinoamericanos: la gran oportunidad para poder desarrollarnos con soberanía son nuestros recursos naturales. Gracias a la disponibilidad de recursos naturales podemos evitar la dolorosa etapa de explotación de la fuerza de trabajo que tuvieron que aguantar, por ejemplo, los países del sudeste asiático.

Entre el 2007-2016 asignamos 14 mil millones de dólares a la educación superior, y se triplicó su participación en el PIB, pasando esta asignación del 0,7% del PIB en el 2006 al 2,16% en el 2015. Esto nos convierte en el país que más ha incrementado el gasto en este sector en toda la región latinoamericana. En América Latina la inversión en educación superior en la última década se ha mantenido prácticamente constante, en alrededor del 1% del PIB. La inversión de Ecuador en educación superior es incluso mayor al promedio de los países de la OCDE, que es del 1,4% del PIB.

Entregamos en diez años casi 20.000 becas, sobre todo para estudios de post grado en el extranjero, en las mejores universidades del planeta. Se trata del mayor programa de becas en América Latina, y uno de los mayores del mundo, como porcentaje del PIB.

De las cinco nuevas universidades creadas en los últimos diez años, dos se dedican a ciencias duras y enfatizan investigación. La una es YACHAY Tech, la Universidad de Tecnologías Experimentales, orientada a la nano ciencia, las tecnologías de la información, las ciencias de la vida, las energías renovables, y la petroquímica. La otra universidad es IKIAM, orientada al estudio de la biodiversidad y ecosistemas, en medio del laboratorio natural más grande e importante del mundo: la selva amazónica. Para cumplir sus fines, Ikiam se encuentra en la reserva natural Colonso, de 90.000 ha., reserva a cargo de la universidad. Aquí, se encuentra el futuro.

## IV.II.II Factores culturales.

Acemoglu y Robinson no solo omiten, sino que expresamente desechan el factor cultural como determinante para el desarrollo. Esto es un grave error. Pocas cosas hay tan importantes para el desarrollo como el cambio cultural, ya que todos nuestros actos están determinados por el marco cultural, entendido como el conjunto de ideas, creencias, visiones y valores transmitidos socialmente. La cultura provee de instituciones informales que frecuentemente dominan a las formales.

El enfoque cultural para explicar el desarrollo ha sido utilizado por lo menos desde 1905, por Max Weber en su libro “La ética protestante y el espíritu del capitalismo”. Después de estudiar por décadas el desarrollo económico, les puedo asegurar que los países exitosos son aquellos en donde, desde el más sencillo lustrabotas hasta el presidente de la República hacen las cosas extraordinariamente bien. Es decir, sociedades regidas por la cultura de la excelencia.

Es claro también que una cultura que no tema al cambio, que sepa asumir riesgos, con responsabilidad, superando paternalismos y victimizaciones, propende a la generación de tecnología, a la innovación, y al progreso. Ya hemos visto también la necesidad de cambio cultural en nuestras élites, para que entiendan que todos tenemos los mismos derechos.

En el caso latinoamericano, al igual que toda cultura tenemos valores y antivalores. Por ejemplo, tal vez por la dureza de vida, un latinoamericano está -quizá- mucho más preparado que un europeo o norteamericano para soportar situaciones extremas. De esta forma, si un norteamericano y un latinoamericano se pierden en la selva, probablemente después de un año será este último el que sobreviva. El problema está en que, si se pierden en la misma selva 200 norteamericanos y 200 latinoamericanos, después de un año los primeros ya tendrán su escuelita, sus cultivos, incluso su iglesia... ¡mientras que los latinoamericanos seguirán discutiendo quién es el jefe! Ante la evidencia de retraso, haremos de los vicios virtudes, y diremos que ellos pueden ser más ricos, pero nosotros fuimos más democráticos. Sin embargo, al primer descuido, muchos escapan a vivir al barrio desarrollado...

En América Latina nos falta mucho para aprender a trabajar en equipo. Cada uno quiere ser capitán y ninguno marinero. En política, como dijo Robespierre, todavía no ha llegado la hora en que un hombre honrado pueda servir a su nación sin ser castigado. Esta ausencia de autocrítica y de voluntad de cambio se repite con mayor énfasis en quienes han sido víctimas de injusticias históricas. Pero las víctimas no necesariamente tienen supremacía moral sobre los no victimizados; el haber sido objeto de graves injusticias no hace a nadie más sabio que el resto; y, finalmente, el haber sido víctimas no les exime de responsabilidad en su situación actual.

Esta victimización y el correspondiente paternalismo han inmovilizado, por ejemplo a nuestros pueblos ancestrales y, probablemente, es la peor forma de racismo, porque tiene que ver mucho con subestimar las capacidades de dichos pueblos.

Se hacen apologías de la resistencia, pero no a la afectación de los derechos, sino resistencia al cambio. Se hace de la inmovilidad una virtud. Se pretende que todo cambie sin cambiar nada, y eso es sencillamente imposible.

El desafío es cambiar para superar la pobreza, sin perder nuestra identidad. No son objetivos excluyentes, pero si lo fuesen, sin duda habría que priorizar la superación de la pobreza, el mayor imperativo moral no solo de Latinoamérica, sino de toda la humanidad, ya que por primera vez en la historia esa pobreza no es fruto de escasez de recursos, sino de sistemas perversos.

Otro elemento cultural relevante son los valores mal transmitidos. En Latinoamérica solemos ser campeones en hablar de solidaridad y comunidad. Si se incendia una casa, los vecinos, con toda el alma se organizan para cargar el balde de agua y tratar de apagar el incendio. Finalmente, no lo logran hacer, se quema la casa, pero nos sentimos felices por la cantidad de solidaridad demostrada. En el Norte, pagan impuestos, y tienen un cuerpo de bomberos profesional. Si se empieza a incendiar una casa, van los bomberos, apagan el incendio, se salva la casa, y nadie habla de solidaridad. Esa acción colectiva organizada, planificada, ya sea por solidaridad o interés, todavía está en ciernes en Latinoamérica.

Si en los países del Norte alguien comete un error, se realiza el análisis correspondiente, se aplican las sanciones del caso, y, sobre todo, se toman los correctivos para que no vuelva a ocurrir el evento. Si en América Latina se comete un error, la culpa siempre es del otro. Es decir, no se asumen responsabilidades maduramente, mucho menos se establecen correctivos, y, como dice Einstein, si hacemos siempre las mismas cosas, obtendremos siempre los mismos resultados.

Nadie puede negar a través de la historia los mecanismos de explotación que ha habido, pero para poder resolver nuestros problemas debemos aceptar que los principales responsables de nuestra situación somos nosotros mismos. Lamentablemente, ciertos antivalores culturales pueden anular las instituciones formales necesarias para el avance social y económico, y prevalecer como mecanismos de retraso y subdesarrollo.

### **IV.II.III Restricciones externas.**

Otra dimensión absolutamente ausente en el análisis de Acemoglu y Robinson, son las restricciones externas. Estas restricciones fueron consideradas explícitamente desde la post guerra por la Escuela Estructuralista Latinoamericana, en la que Raúl Prebisch demostró el comercio injusto expresado en el deterioro de los términos de intercambio, todo lo cual derivó en la estrategia de industrialización sustitutiva de importaciones.

La clásica división internacional del trabajo probablemente ha sido parcialmente superada, pero hoy imperan nuevas e igualmente injustas formas de división internacional del trabajo.

Si antes los países sub desarrollados producíamos materias primas y los países hegemónicos bienes industriales de alto valor agregado, ahora los países desarrollados generan conocimiento que privatizan y nosotros, bienes ambientales de libre acceso.

El conocimiento, en general, es un bien público, es decir (recordando los elementos introducidos en la conferencia magistral que dio inicio a este curso) técnicamente hablando, no hay capacidad de exclusión ni rivalidad en el consumo. Lo más fácil es copiar un software, ya que técnicamente es casi imposible restringir el acceso. No se lo copia porque está patentado y uno puede ser sancionado. Es decir, se ponen barreras institucionales de acceso. Por otro lado, si yo utilizo el software, cualquier otro también lo puede utilizar, lo cual significa que no hay rivalidad en el consumo.

Privatizar un bien público a través de medidas institucionales como las patentes es perjudicial para la sociedad como un todo, porque si no hay rivalidad en el consumo, mientras aumente el número de personas que disfrutan de este bien ya creado, mayor será el bienestar social. Esta es un ejemplo primordial de las denominadas "fallas del mercado". Un ejemplo dramático de la privatización del conocimiento y de la exclusión forzada, es el alto costo de ciertas medicinas.

El principio, aparentemente pragmático, de la privatización del conocimiento, es generar incentivos para seguir invirtiendo en tecnología. Esto, además de la ineficiencia social que produce, no es otra cosa que una manifestación más del sometimiento de los seres humanos al capital. Pero hay maneras más eficientes de incentivar la producción de conocimiento.

Una alternativa es una mayor participación de la academia y del mismo sector público. Otra alternativa es que el Estado compense la creación del conocimiento con fines de lucro, para ponerlo a disposición de toda la humanidad. El gran problema de todas estas alternativas es que tienden a socavar fundamentalismos ideológicos y el imperio del capital.



Pero mientras los países ricos producen ciencia y tecnología, los países de la cuenca amazónica también producimos bienes de libre acceso, pero con rivalidad en el consumo. Se trata de los bienes ambientales. En este caso, por la preservación de la selva amazónica y todo el aire puro que ésta genera -y que la convierte en pulmón del planeta, sin el cual la vida humana sufriría un grave deterioro- los países de la cuenca amazónica no recibimos ninguna compensación, mientras que, a su vez, los mayores contaminadores globales no pagan absolutamente nada por consumir nuestros bienes ambientales.

Y se cree algunas veces que la producción, la generación de bienes ambientales no tiene costo. La realidad es que esa generación puede ser muy costosa, no en cuanto a costos directos, sino en lo que los economistas llamamos -y este es el costo relevante- el "costo de oportunidad". Hoy muchos exigen -sin ninguna solvencia moral, dicho sea de paso-, que no se explote el petróleo de la Amazonia. Pero eso implica un costo inmenso por los ingresos no recibidos y por cada día que transcurre con un niño sin escuela, una comunidad sin agua potable, o gente muriendo por enfermedades perfectamente evitables, verdaderas patologías de la miseria.

Esta es la nueva división internacional del trabajo, y también es un problema político, de relaciones de poder a nivel internacional. Para ilustrar esto, imaginen por un momento si la situación fuera la inversa, y los generadores de bienes ambientales fueran los países ricos, y nuestros países fueran los contaminadores. ¿Quién puede dudar que ya nos hubieran hasta invadido para obligarnos a pagar una "justa compensación"?

## IV. III Un orden mundial inmoral

El orden mundial no es solo injusto, es inmoral. Todo está orientado a servir a los intereses de los más poderosos, y abundan los dobles estándares: los bienes públicos globales producidos por los países pobres, tales como los bienes ambientales, deben ser gratuitos, mientras que los bienes públicos producidos por los países hegemónicos (como los avances tecnológicos y médicos) deben ser privatizados.

Técnicamente se debería hacer exactamente lo contrario, permitir el libre acceso al conocimiento, bien sin rivalidad en el consumo, y restringir el acceso al consumo de bienes ambientales, pero ocurre exactamente al revés: los grandes contaminadores no firman Kioto, no cumplen la COP21, pero en nuestros países hay cárcel si no pagas regalías por un producto patentado.

Si verdaderamente queremos el desarrollo de toda la humanidad, se necesita un nuevo modelo de gestión del conocimiento. Además, no se necesita caridad, sino justicia. Solo compensando los bienes ambientales habría una redistribución del ingreso sin precedentes a nivel mundial. Nuevamente el problema para todas estas propuestas es político: las relaciones de poder, esta vez a nivel internacional.

Lo más triste es que muchas veces los mismos países pobres participan con entusiasmo en estos mecanismos tan absurdos, y ni siquiera entendemos los instrumentos que se utilizan para mantenernos en el rol asignado por esta nueva división del trabajo. Por ejemplo, como manifiesta Álvaro García Linera, uno de los más grandes pensadores latinoamericanos de nuestro tiempo: "varias ONG no son realmente Organizaciones NO Gubernamentales, sino Organizaciones de Otros Gobiernos en nuestro territorio, y el vehículo de la introducción de un tipo de ambientalismo colonial que relega a los pueblos indígenas al papel de cuidadores del bosque amazónico".

Insisto, no necesitamos caridad, sino coherencia. Por ejemplo, no nos den ayuda para el desarrollo, tan solo prohíban los paraísos fiscales, y con eso tendremos suficiente.

Los paraísos fiscales son uno de los peores enemigos de nuestros Estados. Nadie acude a ellos para transparentar cuentas. Lo hacen para evadir impuestos u ocultar el origen de riquezas ilícitas.

Sólo en Latinoamérica 32 millones de personas podrían salir de la pobreza si los recursos escondidos en paraísos fiscales pagaran el impuesto a la renta que les corresponde. Esto sin contar el encubrimiento de ilícitos como el lavado de activos, el narco lavado y otras formas de corrupción.

Necesitamos una acción global para acabar con esta forma de capitalismo salvaje. El mundo necesita más paraísos del conocimiento y menos paraísos fiscales.

Lamentablemente, como decía Trasímaco hace más de dos mil años, la justicia es tan solo la conveniencia del más fuerte.

Hoy se habla mucho de globalización, pero se trata de una globalización que no busca ciudadanos globales, sino tan solo consumidores globales, que no busca crear una sociedad planetaria, sino tan solo mercados planetarios, y que, sin adecuados mecanismos de control y gobernanza, puede devastar países.

Se prioriza la liberación financiera y de mercancías, supuestamente basados en la teoría de mercado, es decir, la libre movilidad de factores y bienes para lograr la eficiencia, pero inconsecuentemente se criminaliza cada vez más la movilidad humana.

En realidad, es una globalización bajo el imperio del capital, y particularmente el financiero. Se puede, de hecho, establecer una analogía de la globalización neoliberal con el capitalismo salvaje del siglo XVIII, cuando empezó la Revolución Industrial. En ese entonces, los obreros morían frente a las máquinas porque trabajaban siete días a la semana, doce, catorce y hasta dieciséis horas diarias. ¿Cómo se pudo frenar tanta explotación? Con la consolidación de estados nacionales, y a través de una acción colectiva que permitió poner límite a estos abusos, y distribuir de mejor manera los frutos del progreso técnico.

Esa acción colectiva mundial no existe en la globalización neoliberal, y se están produciendo excesos similares cuando, por ejemplo, para competir en los mercados globales, los países más pobres precarizan su fuerza laboral.

La alta movilidad de capitales es una de las características más criticadas de la globalización, precisamente por los grandes destrozos que la especulación financiera internacional ha causado en los países en desarrollo, crisis que frecuentemente no son consecuencia de acciones directas en los países que las sufren, sino que son producto de lo que hacen o dejan de hacer los demás países, e incluso hasta del humor de los inversionistas internacionales.

Para reducir la volatilidad de capitales, muchos economistas, desde hace ya varios años, vienen denunciando la necesidad de poner "arena en los ejes de la carreta", es decir, determinadas barreras para disminuir dicha volatilidad. Por ejemplo, James Tobin, quien ganó el Premio Nobel de Economía en 1981, ya hace casi 50 años propuso la necesidad de establecer una tasa a las transacciones financieras internacionales. La tasa Tobin no solo tendría efectos en cuanto a disminuir la volatilidad de dichos flujos, sino que la recaudación generada podría servir para financiar proyectos de desarrollo. Por supuesto, dada la orientación de la globalización neoliberal, donde todo está en función del gran capital, estas propuestas han sido largamente obviadas.

También se trata de imponer el aperturismo a ultranza, bajo la idea, más cercana a la religión que a la ciencia, de que el libre comercio beneficia siempre y a todos.

En su extraordinario libro *Kicking Away the Ladder*, Ha-Joon Chang, investigador coreano de la Universidad de Cambridge, demuestra que tanto Inglaterra en el siglo XIX, cuanto Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial, empezaron a promover el "libre comercio" solo cuando su supremacía industrial fue absolutamente clara, y pese a haber adquirido esta supremacía a través de un intenso y nacionalista proteccionismo industrial.

En la historia del desarrollo pocas cosas hay más extrañas y anti históricas que el simplismo del libre comercio. Los países en desarrollo debemos hacer lo que los países ricos hicieron cuando tenían nuestro nivel de desarrollo relativo, no lo que hacen ahora cuando son los campeones en competitividad.

Pero también existen casos abiertos de neocolonialismo, como esos atentados a nuestras soberanías llamados "Tratados de Protección Recíproca de Inversiones", donde el capital tiene más derechos que los seres humanos. Si ustedes quieren acudir a instancias interamericanas de derechos humanos, tienen primero que agotar las instancias jurídicas nacionales (lo cual puede tomar años e incluso décadas), pero una transnacional puede llevar directamente a un Estado soberano a centros de arbitraje internacional, sin acudir a ninguna instancia nacional.

El informe publicado por el Transnational Institute y el Corporate Europe Observatory titulado “Cuando la injusticia es negocio” señala que un pequeño grupo de estudios jurídicos, árbitros y especuladores financieros internacionales alimenta interesadamente un auge del arbitraje que cuesta a los ciudadanos miles de millones de dólares, y esos mismos grupos “cabildean en contra de toda reforma a favor del interés público”.

Una de las autoras del informe, afirma que “un grupo de árbitros usa su influencia para garantizar que las normas del sistema no dejen de beneficiar a los inversores, y las demandas contra gobiernos sigan generando millones de dólares”.

Hasta 2017 Ecuador impulsó la cohesión de todos los países perjudicados por las transnacionales, para unirnos en la lucha contra este tipo de explotación. La mejor forma de liberarnos del imperio del capital es la integración, para alcanzar desde cosas tan sencillas como salarios mínimos regionales, que impidan la absurda competencia por salarios más bajos entre nuestros países (para beneficio del capital transnacional) hasta temas de mucha mayor incidencia como actuar en bloque para incidir en el cambio del injusto e inmoral orden mundial.

En la hoy tan debilitada Unión de Naciones del Suramérica -UNASUR- somos 500 millones de personas, en 17 millones de kilómetros cuadrados. Con solo unirnos podríamos conformar la cuarta economía más grande del mundo, con aproximadamente 6% del PIB mundial, un tercio de las fuentes de agua dulce del planeta, con el primer lugar en la producción mundial de alimentos, y con reservas de hidrocarburos para los próximos 100 años.

Una de nuestras principales propuestas en UNASUR fue la creación del centro de arbitraje de Sudamérica. Separados, será el capital transnacional el que nos imponga las condiciones; unidos, seremos nosotros los que impondremos las condiciones al capital. Asimismo, desde UNASUR, también se propuso una nueva arquitectura financiera regional, para resolver una de las más grandes paradojas de los países del sur: mientras tenemos depositados más de 760 mil millones de dólares de nuestros recursos en el primer mundo, seguimos dependiendo de préstamos externos y de inversiones extranjeras. Esto significa transferencia de liquidez y riqueza hacia los países más desarrollados.



Debemos aprender a aprovechar nuestro ahorro y destinarlo a la inversión en nuestra misma región. Para eso necesitamos del Banco del Sur y del Fondo de Reservas del Sur. Además, debemos tener mecanismos de intercambios compensados para minimizar el uso de monedas extra regionales y, por qué no, en el mediano plazo tener una moneda regional. Lo que es claro es que es un absurdo comerciar en una moneda extra regional, lo cual aumenta nuestra vulnerabilidad, y transfiere riqueza al emisor de dicha moneda.

La integración también nos sirve para cambiar la injusta división internacional del trabajo, exigiendo compensaciones por la provisión de bienes ambientales, y unidos pasar a ser generadores de conocimiento.

Asimismo, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe -CELAC-, es una gran oportunidad y esperanza para tener un foro propio de discusión, de procesamiento de conflictos regionales, y para mantener la Organización de Estados Americanos -OEA- como un espacio para que, como CELAC, los países latinoamericanos en bloque podamos conversar y procesar nuestros conflictos con América del Norte. El mundo del futuro será un mundo de bloques.

La Patria Grande, como llamamos a nuestra América Latina unida, ya no es solo un sueño de nuestros libertadores, sino la mejor, y, tal vez, la única manera de obtener nuestra segunda y definitiva independencia.

## Lecturas recomendadas

-  Chang, Ha-Joon, 2002. "Patada a la escalera: La verdadera historia del libre comercio", *Ensayos de Economía*, Universidad Nacional de Colombia, Colombia. Páginas: 33 - 48.
-  Acemoglu, Daron y Robinson, James, 2012. *¿Por qué fracasan los países? Los orígenes del poder, la prosperidad y la riqueza*, Planeta, España. Páginas: 260 - 272.



Instituto IDEAL Instituto IDEAL @institutoideal\_ @institutoIDEAL\_

[institutoideal.la](http://institutoideal.la)



Septiembre - Noviembre 2021